LA ENCRUCIJADA DEL PAÍS VASCO

Análisis de los resultados. Del examen de los votos y escaños obtenidos por las distintas fuerzas políticas se desprende un panorama enrevesado para el futuro, como reflejan los textos de los dos articulistas

Isidoro Moreno

Las elecciones vascas

LA mayoría de los medios de comunicación, tanto en sus informaciones como en los análisis de sus expertos políticos, se han apresurado a anunciar, desde el momento mismo en que se conocieron los resultados electorales de las elecciones vascas, que el PNV y, sobre todo, el plan soberanista del lehendakari Ibarretxe habían sufrido un fuerte fracaso al perder la coalición PNV-EA cuatro escaños respecto a las elecciones de 2001. En contraste, se subraya que el PSOE ha ganado cinco escaños, que son casi exactamente los que ha perdido el PP (cuatro), sobrepasando a éste en el total de diputados (18 frente a 15 cuando antes la relación era de 13 a 19); Esker Batua (IU) ha mantenido los tres que ya tenía; Aralar –una formación independentista, escindida hace años de Batasuna, que sí condena la violencia de ETA– ha logrado por primera vez uno; mientras que las candidaturas de EHAK, el Partido Comunista de las Tierras Vascas que sorpresivamente se sacó de la chistera la ilegalizada Batasuna, ya a mitad de la campaña, tras la ilegalización de su marca blanca, Aukera Guztiak, logró nueve, dos más que su marca anterior, EH, hace cuatro años.

Los datos de los resultados en escaños son, sin duda, los anteriores y el nuevo parlamento de Euskadi tendrá esa composición plural, con nada menos que siete fuerzas políticas (dado que PNV-EA es una coalición de dos partidos): cuatro nacionalistas vascas, dos nacionalistas de estado (o, como a ellas les gusta denominarse, "constitucionalistas") y uno difusamente, o confusamente si se quiere, federalista (EB, la versión vasca de IU). Lo que traducido a escaños significa 39 para los diversos nacionalismos vascos, 32 para los "constitucionalistas" –PSOE más PP– y 3 para los federalistas de EB (IU), que potencialmente podrían agregarse a cualquiera de los dos bloques.

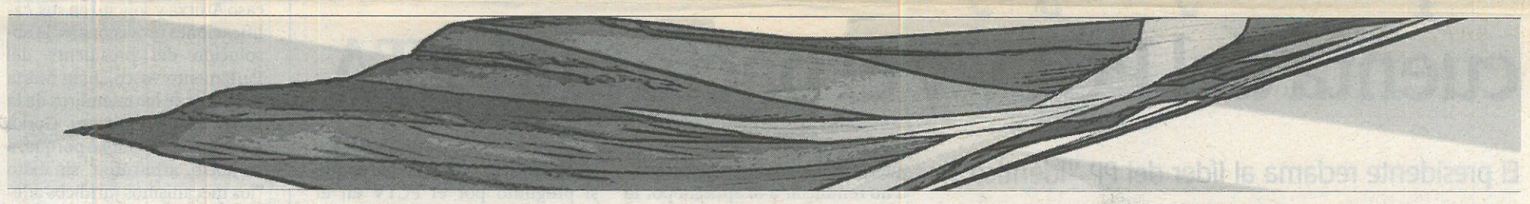
El cómputo anterior, con ser fácil, apenas si lo hemos visto reflejado en la prensa, y mucho menos los datos no ya en escaños sino en votos totales obtenidos por cada partido y bloque. Y esto es muy importante en las elecciones del País Vasco porque sus normas electorales son muy diferentes a las que rigen tanto las elecciones generales como las de todas las otras Comunidades Autónomas: allí no hay un fijo por provincia y luego un número de diputados proporcional a la población, sino que cada territorio histórico o provincia cuenta con la misma representación de 25 diputados, aún siendo el censo electoral de Vizcaya cuatro veces el de Álava. Si funcionaran los mismos criterios que en el resto de elecciones, los escaños nacionalistas vascos serían claramente más, dado que donde PP y PSOE obtienen mejores resultados es precisamente en la última provincia citada. Pero, incluso sin hacer ese ejercicio, las cifras globales, en casi ningún lugar reflejadas, no dejan lugar a dudas: entre las tres candidaturas nacionalistas suman más de 642.000 votos, entre las dos "constitucionalistas" 481.000 (que llegarían a 485.000 si se añaden los votos de Unidad Alavesa, que no consiguió escaños) y la candidatura federalista de EB (IU) ha tenido casi 65.000 votos. Y todo ello, sin tener en cuenta que la mayor abstención respecto a las elecciones de 2001 –31 por ciento frente a 21 por ciento– ha perjudicado directamente al PNV, ya que un buen número de quienes le votaron entonces han vuelto a su postura habitual abstencionista o de apoyo a Batasuna, al no darse ahora el maridaje entre PP y PSOE, con Savater como oficiante, que fuera percibido como una especie de *cruzada* españolista de reconquista a la que había que rechazar activamente con el "voto útil".

Si funcionaran los mismos criterios de representación de los votos que en otras elecciones, los escaños nacionalistas serían claramente más numerosos

Ciertamente, las únicas fuerzas políticas que ahora han ganado votos respecto a las anteriores elecciones han sido el PSE (PSOE) y EHAK (Batasuna), lo que demuestra dos cosas: que la decisión de Zapatero de apoyar el relevo de Redondo y compañía e impulsar una política desvinculada del PP ha sido un acierto no sólo político sino también electoral, y que la ley de partidos, que fue elaborada *ad hoc* como un atajo legal para eliminar de las instituciones a Batasuna, ha constituido un rotundo fracaso. No sólo porque el *abertzalismo* radical más o menos proetarra ha logrado sortearla legalmente, dejando en ridículo a sus autores y rompiendo todos los cálculos electorales de los demás partidos, sino porque su resultado ha sido detener la que parecía imparable bajada de HB a cada nueva elección.

Ahora, los analistas oficiales hacen cálculos sobre la difícil composición de un gobierno con mayoría parlamentaria, dado que el tripartito PNV-EA-EB no puede reproducirse ni siquiera añadiéndole el diputado de Aralar. En la práctica, aunque no se diga así claramente, sólo existen dos posibilidades: una difícil coalición PNV-PSOE, que dejaría el espacio libre a los batasuneros para engrosar sus apoyos a costa del PNV, y una también difícil coalición PNV-EHAK (Batasuna), tal cual o más o menos complementada con alguna fuerza minoritaria. Para las dos posibilidades, en especial para la segunda, dados los costos que tuvo para el nacionalismo democrático el pacto de Lizarra, se precisa una declaración de cese de la "lucha armada" o de tregua indefinida por parte de ETA. Ahora, una vez garantizada la presencia institucional de su brazo político, e incluso invertido su descenso, es lo que cabe esperar, aunque casi ningún *analista* lo prevea. Si fuera así, ello no debería ser una mala noticia para nadie.

→ **Isidoro Moreno** es catedrático de Antropología Social de la Universidad de Sevilla



José María Rosales

El uso de las mayorías

AUNQUE parezca mentira, durante la pasada legislatura el tripartito vasco ha gobernado en minoría. La imagen pública ha podido formarse sobre una puesta en escena que día tras día ha silenciado el equilibrio real de los números y ha mantenido la pose de una mayoría holgada. De los 75 escaños del Parlamento, PNV-EA aportaba 33, mientras que EB-IU contribuía con 3. En total, 36. La mayoría absoluta (la mitad más uno) se alcanza con 38 escaños. Que los números no salieran no ha sido obstáculo, o casi podría decirse que ha sido un factor de aliento para gobernar como si se contara con la mayoría absoluta. El artificio, que responde a un estilo de gobierno arrogante, en la práctica ha sido posible por la no participación institucional de los diputados de EH (cuyo grupo parlamentario se redenominó Sozialista Abertzaleak tras la ilegalización de Batasuna en marzo de 2003, si bien sería de nuevo disuelto por el Trinunal Supremo en mayo del mismo año). El hecho de que la ilegalización no afectara a los diputados en cuanto tales, sino a su formación política, permitiría la cesión de 3 votos para la aprobación en el Parlamento vasco el pasado 30 de noviembre del plan Ibarretxe.

Tras las elecciones del 17 de abril las condiciones para formar mayorías han cambiado. Y de un modo sustancial. Con un periodo de dos meses para formar gobierno, las opciones están más abiertas que nunca, pero no son infinitas. Por lo demás, sólo una eventual ilegalización de EHAK, llevaría al lehendakari a convocar nuevas elecciones ante la expectativa, ahora frustrada, de recoger una parte del voto abertzale. 150.000 votos permiten hablar de un electorado muy motivado (casi el doble del que se movilizó en las elecciones de 2001). Su respuesta representa un rechazo enérgico al intento del PNV de monopolizar el espacio electoral nacionalista. Puede que por tratarse de un partido antisistema (con un programa revolucionario utópico en el sentido de utopía irrealizable), pueda parecer como un socio poco operativo. Pero ofrecería a PNV-EA una alianza mágica, a la que podría sumarse Aralar: la mayoría absoluta de un frente nacionalista.

Ése ha podido ser uno de los mensajes del electorado, sobre todo de los votantes de EHAK, pero no parece la opción preferible de Ibarretxe, que tendría entonces que compartir el poder con su rival más cercano (algo que terminaría por restarle protagonismo). Creo que la opción de un pacto con el PSE-EE se muestra como una alternativa más pragmática y que un menor coste electoral podría acarrearle a PNV-EA. Ahora bien, reeditar el pacto de 1986 a 1998, supondría un nuevo riesgo para el PSE, a menos que considere que tiene que formar parte del gobierno a toda costa, pues de aquella alianza el PNV hizo un juego de suma cero que anuló a su socio y lo dejó al final dividido y desorientado. Ahora, además, para el PSE significaría profundizar su esforzado alejamiento del PP vasco, a costa de debilitar el espacio constitucionalista (el electorado constitucionalista comparte más afinidades de las que se piensa en el PSE).

Un nuevo Gobierno en minoría encabezado por Ibarretxe aparece como una opción nada desdeñable, aunque difícilmente defendible ante la sociedad

El descenso de PNV-EA no por inesperado es menos inteligible. A pesar de que el Gobierno se ha servido de la plataforma de los medios públicos de comunicación, la ciudadanía da muestras cada vez más de una lenta, pero clara, desafección hacia la política de comunicación del tripartito. Recuérdese, por ejemplo, cómo el guión del debate televisado por ETB 2 el pasado 4 de abril, en el que participaban los candidatos a lehendakari, se había hecho a la medida de Ibarretxe. El primer tema propuesto era precisamente su gran tema: "¿Tienen los vascos derecho a decidir su futuro?" Pues bien, la magnífica ventaja que le auguraba el guión no sirvió para arrinconar a sus rivales, notablemente a María San Gil, ni para consolidar de un modo definitivo su camino a la reelección.

Pero, al fin y al cabo, no puede olvidarse que éste seguirá siendo su objetivo máximo y puede que único. Aun así, el PNV, a pesar de su espíritu de cuerpo, es un partido que mantiene un debate interno y prácticas democráticas, las mismas que llevaron a la sustitución de Xabier Arzalluz por Josu Jon Imaz contra todo pronóstico oficial. Entre Imaz e Ibarretxe la distancia es cada vez más incómoda, pero no intolerable. Y ello porque en las negociaciones que ya se han iniciado interesa perder lo mínimo y el PNV, un partido de vocación y práctica hegemónicas, implantado de forma tentacular en todas las esferas de la sociedad tras 25 años de presencia en el Gobierno autonómico, en las diputaciones forales y en los ayuntamientos, se resistirá hasta el último momento a ceder su aventajada posición. Un nuevo gobierno en minoría aparece entonces como una opción nada desdeñable, aunque difícilmente defendible ante la sociedad.

Decía Gordon Tullock en un libro magnífico de 1976, *El motivo del voto*, un ensayo de aplicación de metodologías económicas al análisis de la política, que en esas circunstancias la formación de gobierno en minoría era quizá la tarea más sencilla. Lo difícil se planteaba ante los cálculos para encontrar apoyos puntuales, y suficientes, para aprobar leyes y adoptar políticas públicas. La legislatura 2001-2005 ha sido ejemplar en ese sentido: apenas se ha gobernado por lo que respecta a los asuntos que preocupan a la ciudadanía. En cambio, han sido cuatro años de travesía incierta para volver casi al mismo punto de partida.

→ **José María Rosales** es profesor de Filosofía de la Universidad de Málaga